

DEL DEBATE INTERNACIONAL A LA INEVITABLE RUPTURA NORTE-SUR

LAS NEGOCIACIONES ECOLOGICAS GLOBALES: LA APUESTA NORTE-SUR*

Alain Lipietz¹

Los convenios sobre la capa de ozono y los de Río sobre el cambio climático y la biodiversidad indican el principio de una nueva era, en la que la humanidad comienza a gestionar colectivamente las crisis ecológicas globales. Una «crisis ecológica global» significa precisamente una crisis en la cual la causa es difusa y los efectos universales, por oposición a las crisis ecológicas locales, como serían la contaminación de los ríos, los embotellamientos, la desertificación (que puede también tener una causa global), la erosión, etc..... En las crisis ecológicas globales, las víctimas son, a menudo, las destinatarias directas de sus desgracias —esto no quiere decir que sean las «responsables», y la palabra «culpable» no sería la más adecuada. Una crisis global tiene otra dimensión.

LOS PRECEDENTES

El primer tipo de crisis global que se ha tenido que afrontar es el de la lluvia ácida. No es totalmente global (es decir en fran-

inglés «planetaria»), en la medida en que no es intercontinental». Por otra parte el convenio que lo regula se llama «contaminaciones transfronterizas intercontinentales». Trata, por ejemplo, de la acidificación de los lagos suecos por las chimeneas del Canadá, o la destrucción de los bosques alemanes por las contaminaciones que tienen su origen en Checoslovaquia. El viaje transfronterizo por tanto no recorre siempre una larga distancia. No se puede aún realmente denominar esta situación como de una crisis global —pero el problema, se sitúa ya y, en definitiva, a un nivel internacional. Precisamente es a partir de la cuestión de la capa de ozono cuando se ha abordado verdaderamente la escala global. Este caso tiene un aspecto interesante —que es el que ha permitido que se avance de una forma extemadamente más rápida— que las primeras víctimas sean casi todas australianas. A pesar de que se dé en el extremo sur del mundo, se trata de personas «Occidentales» y «Nórdicas» desde el punto de vista social, Australia es un país del tipo de la OCDE —se trata de una población blanca desarrollada— que se

* Transcripción de una conferencia pronunciada el 5 de marzo de 1993 en el marco del seminario IEDES y actualizada en agosto de 1993. Para más detalles o referencias véanse las obras siguientes: *Berlin, Bagdad, Río: le XXI siècle est commencé* (París, Quai Voltaire, 1992) y *Vert esperance. L'avenir de l'ecologie poli-*

tique (París, La Découverte, 1993), así como el número especial verano del 93 de la revista *Alternatives économiques*. Versión castellana de A. Monjo.

¹ Director de investigaciones del CNRS, CEPREMAP.

caracteriza por el hecho de ;habitar en el Sur y precisamente directamente debajo del agujero de la capa de ozono! Australia comienza por tanto a ver incrementarse las tasas de cáncer de piel. Está ya casi probado que todos los australianos contraeran, en un momento dado un cáncer de piel, incluso sin que todos ellos sean malignos; y ya han sido adoptadas medidas como el recorte de los recreos escolares, por ejemplo. Es una suerte, cierto punto de vista, que la desgarradura de la capa de ozono haya afectado primeramente a los «Blancos desarrollados», que tienen los medios para reaccionar de forma contundente. Los otros Blancos desarrollados, que son la causa de su desgracia, es decir esencialmente los hombres del Norte geográfico que, con sus industrias del frío y sus esprais enviaban los CFC² a la atmósfera, han decidido detener estas emanaciones, presionados por India. Cada año una nueva conferencia ha recortado los plazos para la supresión del gas CFC. Esta negociación ha aportado un modelo interesante de cara a las negociaciones de Río.

1) Esa crisis global ha aparecido porque los científicos no se ponen de acuerdo; hace falta esperar un tiempo para que se clarifiquen. Debemos por tanto entender que, aunque no tengan forzosamente razón, el riesgo que se corre es suficiente como para que se actúe en consecuencia.

2) Es necesario también que las víctimas comiencen a protestar.

3) Existe una movilización de la opinión por parte de los propios responsables.

4) Existe un acuerdo internacional que concierne esencialmente a la gente del Norte, en la medida en que en esta población se sitúa el origen de la contaminación.

5) En cuanto aparece un «pequeño problema» con los pueblos del Sur las negociaciones son llevadas a cabo con la finalidad de que estos pueblos se sometan al convenio firmado.

El «pequeño problema», en este caso, ha sido cuestionado por China e India que, una vez el convenio firmado, se sublevaron frente a la prohibición de utilizar los gases

CFC, que dificultaba su propia fabricación de neveras y de otros productos. La respuesta por parte de los países del Norte ha sido prometerles una financiación que les permita desarrollar a ellos mismos tecnologías que reemplacen los CFC por los HCFC³ (gas algo menos peligroso, en torno a la mitad, para la capa de ozono).

Dicho esto, es necesario insistir sobre el primer punto: han sido los científicos los que han dado la voz de alerta, pero sin que hubiera un acuerdo general entre ellos. Desde entonces los políticos se han visto obligados a reaccionar. Las posiciones de los científicos se aproximan bastante al considerar a los CFC emitidos por la industria del Norte como los responsables de la destrucción de la capa de ozono en el vértice antártico. Se estima que los CFC emitidos en el Norte necesitan alrededor de veinte años para llegar a este vértice antártico, a nivel de la ionosfera. Así pues las medidas adoptadas en la actualidad no tendrán efecto hasta dentro de veinte años. Suponiendo que de ahora a entonces el poder destructor del CFC haya podido ser establecido con certeza, será ya demasiado tarde para reaccionar. Podríamos decir que ya nos encontramos en este supuesto, debido a que todos los CFC producidos desde hace veinte años se encaminan lentamente hacia el vértice antártico, e incluso hacia el ártico: la erosión de la capa de ozono encima del hemisferio Norte comienza a ser visible. Es preciso por tanto actuar ahora, incluso aunque la incertidumbre no se diluya hasta dentro de algún tiempo.

Esta actitud sería la que denominaríamos el *principio de precaución*. Se hizo referencia a este principio a propósito de la obra titulada *La vérité sur l'effet de la serre*,⁴ donde su autor, ecologista científico de la escuela de minas, del todo opuesto a la energía nuclear, explica que el «efecto invernadero no ha sido probado... por tanto hay que dejar hacer.» Esto es poco serio; quizás se trate de la argumentación de un físico, pero no la de un responsable político, ni la de un economista. No es posible es-

² CFC: Clorofluorocarbonos.

³ HCFC: Hidro-clorofluorocarbonos.

⁴ Yves Lenoir, *La vérité sur l'effet de serre*, Paris, La Découverte, 1993.

perar a que el nivel de gas carbónico en la atmosfera se doble para admitir que es necesario detener las emisiones, porque el gas carbónico se mantiene como media entre cien y ciento cincuenta años, en la atmósfera según las estimaciones.

El Convenio de Montreal sobre los CFC ha ofrecido por tanto un «modelo» de *principio de precaución*. Presenta también una particularidad importante: es el primer —en comparación a todos los convenios denominados «sobre los bienes comunes de la humanidad»— en referirse a los derechos de uso dentro de los Estados soberanos, puesto que está estipulado que un país no tiene ni el derecho de producir, ni el de utilizar los CFC. Hasta el momento presente, los convenios de conservación internacionales se referían a los «bienes comunes de la humanidad», es decir : el continente antártico, el océano, la atmósfera. Puede parecer normal que los CFC sean prohibidos, puesto que perjudican a la atmósfera que es un bien común de la humanidad. Pero se trata de un convenio cuyo alcance es mucho más intenso que la prohibición de vertir contaminantes en alta mar: las decisiones adoptadas por el Convenio de Vienne-Montreal limitan la soberanía de los Estados a su propio territorio.

LAS NEGOCIACIONES DE RIO

Las negociaciones para la Conferencia de Río se iniciaron después de este primer caso —el Convenio de Montreal sobre los CFC— llevado a cabo de forma brillante. Parecía previsible que a partir de entonces todo se desenvolvería de la misma forma.

Ello suponía no tener en cuenta un elemento fundamental: las víctimas de los CFC son del «Norte»; mientras que la Conferencia de Río iba a tratar problemas más complejos en los que el Sur estaba directamente implicado.

La Conferencia comportó dos aspectos: el primero, no pretender ser coactiva, es decir poner sólo en vigor un código de buena conducta, moral de alguna forma, desde el punto de vista ecológico, para el conjunto del mundo. Este código se llamó la *Carta de la Tierra* y se desarrollaba a lo largo de un texto de varios centenares de páginas, la Agen-

da 21. Se trata de un documento repleto de recomendaciones, mejores unas que otras, sobre cómo conducir un desarrollo correcto, sostenible, etc. Sitúa de alguna forma el punto de salida provisional de toda una reflexión sobre el tema: no es suficiente con realizar un desarrollo, es necesario también que éste sea sostenible. «Sostenible» es aún un término *franc-inglés*, resueltamente adoptado aquí porque la traducción oficial «desarrollo durable» es imperfecta. «Sostenible» nada más se emplea en francés por ejemplo a propósito de una tesis; pero expresiones tales como «un dolor insostenible» o «un ritmo insostenible» permiten comprender lo que significa «sostenible». El término implica, por una parte, el sentido de «bueno para todos los hombres y las mujeres que viven en un momento dado» y por otra el de «duradero en el tiempo», es decir de un proceso que debe poder sostener su ritmo, comprendiendo éste a las generaciones futuras.

Pero, además de este código de buena conducta, la Conferencia de Río abordó dos aspectos de tipo coercitivo o reglamentador: se trata de los acuerdos internacionales a propósito de dos crisis globales (además de la capa de ozono) que se concretan claramente en la actualidad: *el calentamiento atmosférico* y *la erosión de la biodiversidad*, y que fueron el objeto de dos convenios internacionales. Al principio, la idea se lanzó, comprendiendo también la necesidad de negociar también un tercer convenio sobre el bosque tropical, después esta hipótesis fue abandonada y este tema se convirtió en un caso particular de cada una de las otras dos negociaciones, ya sea sobre el aspecto de la biodiversidad —debido a que los bosques tropicales constituyen la principal reserva de biodiversidad—, ya sea bajo el aspecto de «la contribución al cambio climático», porque la tala (la quema) de los bosques tropicales es una de las formas de producción de gas carbónico, por tanto causa del aumento del efecto invernadero.

LA NEGOCIACION SOBRE LA BIODIVERSIDAD

Es necesario precisar sobre lo que comprende la noción de biodiversidad, que no

es ni muy conocida, ni muy evidente. Se trata de un aspecto interesante puesto que se sitúa en un ámbito que había sido casi olvidado, sobre todo en Francia, y que se encuentra en el centro de la «batalla» de Río después de prácticamente dos años de debates sobre el clima.

La biodiversidad, no se refiere a la diversidad de las «especies animales», si por especies animales se entiende a los mamíferos, los pájaros, etc. La protección de los bebés focas, de los elefantes... está incluida en otro convenio, el de Washington que existe desde hace tiempo, y no era necesario hacer uno nuevo. La biodiversidad concierne efectivamente la diversidad de lo vivo, pero a escala microscópica; se trata más bien de la variedad de *genes* en el seno de la *misma especie*. El término contiene también la variedad de los ecosistemas, al comprender ellos mismos variedad de especies, y dentro de estas especies, variedad de capital genético para cada especie.

¿Cuál sería la cuestión fundamental? De forma evidente la «variedad de stock genético» de las especies y, en particular, de las plantas. Pero esta variedad —hace falta subrayarlo ya que se trata de un punto no tan bien conocido— debe ser una variedad *desconocida*. El hecho que no se conozca exactamente la amplitud de la variedad no debe atribuirse a una debilidad de la ciencia— es ahí, más bien al contrario, donde reside el interés de la biodiversidad: solamente es interesante una especie en la medida en que es desconocida, porque desde un punto de vista económico, actúa como una reserva reguladora, un elemento estabilizador de la vida conocida— y especialmente de la vida humana práctica, de la actividad farmacéutica o agro-industrial, de la industria de las semillas. A partir del momento en que una semilla no puede ser utilizada, cuando un problema inédito interviene (por ejemplo una enfermedad), una serie de investigaciones se realizan a fin de encontrar en alguna parte en la naturaleza, un germen resistente, o una bacteria, susceptible de responder al problema.

Un buen ejemplo de esta situación es el del maíz: ha sido «inventado» por los pueblos que llegaron de Asia y se instalaron en el sur del altiplano mejicano, al norte del nudo

mixteque, en la región donde las dos cadenas montañosas se reúnen y donde emanan las fuentes calientes de Tehuacán. Es allí donde durante un largo periodo, a través de selecciones sucesivas, una gramínea de pequeña talla se convirtió en una planta cuya fruta forma una gruesa espiga comestible, gracias al trabajo de generaciones de amerindios. El maíz hoy en día es un maíz híbrido del cual las firmas farmacéuticas venden las semillas a los agricultores; se ha reducido a cuatro o cinco variedades ultraestandarizadas, casi idénticas las unas de las otras, que tienen unas excelentes propiedades, pero que no son capaces de resistir agresiones desconocidas. Si una nueva enfermedad aparece la única solución para la industria agroalimentaria (y ya ha llegado esta situación) consiste en volver a las fuentes, al lugar de origen en América central, para buscar entre las variedades denominadas, «locales», es decir que son aún cultivadas por los campesinos mezoamericanos, la variedad que resista la agresión; hará falta entonces introducir los genes necesarios en las variedades denominadas «de punta», las que son vendidas a los agricultores del mundo entero.

El procedimiento es similar en la industria farmacéutica: consiste en buscar a través de la farmacopea indígena y, en particular, en los bosques tropicales, sirviéndose del saber autóctono, si existe alguna «planta» y, sobre todo su principio activo, que resista una enfermedad nueva.

La biodiversidad constituye, de alguna manera, la materia prima del talento genético. Supone con respecto a la industria agroalimentaria y la industria farmacéutica, lo mismo que las reservas petrolíferas suponen a la industria petrolera: hace falta, de entrada, buscarlas y una vez son encontradas, explotarlas. Pero la mayor parte de esta biodiversidad —que por definición, no aparece como inmediatamente utilizable— se sitúa en las áreas donde la vegetación se ha mantenido, o bien salvaje, o bien autóctona, es decir el producto de culturas campesinas *no estandarizadas*, no industrializadas, dicho en otros términos en los sectores no modernizados del mundo.

Las fuentes de biodiversidad no se limitan al bosque tropical conocido por consti-

tuir la zona más rica en este aspecto. Existe también en todas las regiones donde la agricultura no ha sido industrializada, es decir, especialmente en el Sur «social» del mundo. La reserva se encuentra por tanto en el Sur y las compañías están en el Norte. Vemos en consecuencia aparecer un problema, el de la ruptura estratégica evidente, brutal que recuerda la teoría del desarrollo de los años 1960: ¡los recursos naturales están en el Sur y las industrias en el Norte!

La reivindicación del Norte es bien sencilla, crudamente expuesta por los Estados Unidos: «Todo lo que proviene de los laboratorios tiene un precio, (es por otra parte una de sus exigencias en el otro frente, es decir en el GATT) y todo lo que viene de los campos y de los bosques del Sur es gratuito» —es decir todo lo que supone variedades locales o variedades salvajes. Es muy lógico. A esta afirmación el Sur se opone muy rápidamente con el argumento siguiente— que adoptarán también las ONG de los Estados del Sur: «En adelante el punto de partida es el contrario: todo lo que proviene de los laboratorios es un bien común de la humanidad, puesto que es el fruto de la investigación científica; y todo lo que proviene de la naturaleza o de las variedades locales pertenece a los Estados —lo mismo que las minas, el petróleo, etc.» O entonces, irónicamente, se dice: «Estamos totalmente de acuerdo en patentar los seres vivientes, pero si se llega a esta situación, ¡qué se pague a los mejicanos los derechos sobre el maíz, con los intereses de demora correspondientes a tres mil años, puesto que ellos fueron los que lo inventaron!»

Véanse así esquemáticamente expuestas estas dos posiciones Norte/Sur irreconciliables y bien caracterizadas. Tan bien caracterizadas que el presidente del grupo de negociaciones sobre el Convenio de la biodiversidad, que moderaba a los portavoces, estaba, por una parte, vinculado al presidente del Programa de Naciones Unidas sobre el medioambiente y suscitaba, por otra, la desconfianza de los Estados Unidos ya que aparecía también como el portavoz del bloque del Sur contra los intereses del Norte. Europa se encontraba prácticamente ausente del debate. En el informe de la Comisión de Bruselas sobre esta cuestión, la CEE fingía creer que de lo que se trataba era de de-

fender en Río las especies animales y Europa argumentaba no comprender que el debate se refería especialmente, a la industria farmacéutica. Francia se contentaba con batallar para conseguir que una docena de reservas mundiales estuvieran bajo la protección de la ONU, allí donde existe una gran cantidad de biodiversidad, es decir en el Sur. Una gran ironía contenía esta proposición: incapaz de salvar su reserva de los Pirineos donde no quedan más que cinco o seis osos, ni tampoco de preservar la biodiversidad de su zona húmeda más hermosa, las marismas *poiteviens*, Francia se propone enviar cascos verdes al Sur para proteger la biodiversidad de estos países, cuando no realiza esta función protectora en su propio territorio....

La situación es del todo diferente si nos referimos al efecto invernadero. Desde el punto de vista científico, se estima que a un aumento del doble del contenido de gas carbónico (CO_2) denominado también anhídrido carbónico o dióxido de carbono en la atmósfera —o al equivalente en CO_2 de los otros gases, aspecto muy importante en la continuación del debate geoestratégico— corresponde el aumento de 3 grados en la temperatura media, 1'5 grados más arriba o más abajo. Para un físico este margen de error es de un 50%. Para un geoestratega, esto significa: al menos +1'5° y como máximo +4'5°. En el caso de un aumento de 1'5°, las consecuencias ya son de gran envergadura; con 4'5° nos encontramos sumidos en la ignorancia más completa sobre lo que puede suceder. Si los riesgos de que se llegue a aumentar la temperatura en el mundo 4'5° o 1'5° son los mismos, la máxima probabilidad de lo que suceda se podría situar entre estas dos magnitudes. Ahora bien, este doblamiento de gas carbónico tendrá lugar, si no se toma ninguna medida, en un plazo de tiempo de *medio siglo*. ¿Quiénes son y quiénes serán las víctimas del efecto invernadero?

Es quizás preferible no conocer de forma precisa los efectos de un aumento de la temperatura de 3°...; según la teoría de la justicia de Rawls, es más fácil establecer las reglas de una sociedad justa cuando no se sabe aún exactamente cuáles serán sus beneficiarios. En el caso presente, es difícil conocer con precisión quiénes van a ser las principales víctimas, pero se pueden avanzar algunas

suposiciones. ¿Cuáles son, en efecto, los riesgos vinculados al calentamiento de la atmósfera? Si hace más calor la evapotranspiración será más rápida; lloverá también más a menudo. ¿Cuáles serán las consecuencias? En países como Brasil, o en climas tipo sudanés, el resultado es totalmente incierto, dependerá de la naturaleza del terreno. Puede llover enormemente en el Nordeste brasileño, por ejemplo sin que el agua impregne de forma duradera el suelo. Es por tanto muy delicado extrapolar. Varios modelos climáticos han sido elaborados, y dos de los más importantes dan por ejemplo resultados contradictorios sobre dos terceras partes del Magreb.⁵ Según algunos lloverá más, según otros lloverá menos, sin que se sepa, por tanto, lo que será mejor o peor para la agricultura. Es plausible sin embargo prever que para las franjas norte y sur del Sahara, la situación será más bien más grave si las temperaturas aumentan, ya que incluso si llueve más aún (si el clima se «tropicaliza»), el agua se mantendrá menos periodo de tiempo en un suelo... que la lluvia habrá calado y erosionado de forma mucho más intensa. Otro tipo de riesgo reside en el aumento del nivel del agua. El problema ante la previsión de un doblamiento del contenido de CO₂ en la atmósfera, aunque suceda en los años 2040-2050, no es tanto la fusión de los hielos de la Antártida o de Groenlandia, sino el aumento del nivel de la capa superior de los océanos, que puede provocar subidas de las aguas de 30 a 60 cm. Para un físico esta medida constituye una imprecisión ridícula. Para un geoestratega, esto significa que prácticamente la mitad de Bangladesh deberá ser evacuado en una época en la que este país tendrá aproximadamente entre 150 y 200 millones de habitantes. De donde puede derivarse una evidente probabilidad evidente de guerra entre la India y Bangladesh, en la que incluso pudiera utilizarse la bomba atómica para rechazar a la población en movimiento... Todo puede llegar a ser imaginado, hasta lo peor.

¡Pero lo peor, por el momento, está localizado en el Sur! En el Norte, en cambio los

Americanos han empezado numerosos estudios: para ellos existe un riesgo cierto, que no debe ser de ninguna manera soslayado, sino del que se debe al contrario calcular el costo que supone. Los cálculos de W. Nordhaus⁶ en esta área son formales: en la agricultura, que tiene poca importancia en el PNB americano, la pérdida será bastante débil. El trigo se desplazará ligeramente, el maíz y el algodón también, hacia el norte o hacia el sur; pero como existirá una situación de librecambio desde Méjico a Canadá, estos movimientos no tendrán estrictamente ninguna importancia. Respecto a la subida del nivel de las aguas, EE.UU. no tiene más que un solo delta, el del Mississipi; un parque natural que se inunde un poco, no representa un problema muy grave. Desde el punto de vista del costo económico, el efecto invernadero no es muy importante para los Estados Unidos. En cambio la estabilización de la situación atmosférica debería de tal manera poner en cuestión el modelo de vida americano, concluye Nordhaus, que sería absurdo, insensato adoptar actualmente medidas para luchar contra las consecuencias del efecto invernadero que, dentro de cuarenta años, no tendrán un efecto tan grave para los Americanos de la época. La suma calculada a partir de mesurar la inversión necesaria en la actualidad para disminuir el coste que debería pagarse dentro de cuarenta años es desdeñable; no existe por tanto ninguna razón para adoptar ninguna medida. Así pues la posición defendida por los Americanos en el curso de la negociación ha sido una posición de espera, preconizando como máximo iniciar investigaciones. Es, de hecho, la opción «radical» del Norte:

«Tomar medidas costaría caro cuando los problemas calculados serán del todo desdeñables, véase nulos; por tanto no hacemos nada.»

En el otro extremo, una posición del Sur aparentemente ultra-radical consiste en enunciar, de forma anti-imperialista de alguna manera: «Puesto que es el Norte el que es responsable de todos estos problemas...es a él al que le corresponde adoptar precau-

⁵ *La Recherche*, número especial sobre el efecto invernadero, 1991.

⁶ «Economic Approach to Greenhouse Effect». Conferencia de Roma, 1990.

ciones. Está claro que nosotros, nosotros no adoptaremos ninguna precaución durante ciento cincuenta años, porque el Norte no tuvo en cuenta no producir gas con efecto invernadero durante un periodo tan grande de tiempo». Esta es la declaración del Primer ministro de Malasia en la Conferencia de la Sociedad Asiática en febrero de 1991: «Los derechos del hombre, la democracia, la ecología, la libertad de prensa y el sindicalismo son una de las tantas zancadillas que el Norte introduce en las ruedas de sus futuros contrincantes.» Dicho de otra manera, ciertos países tienen el derecho de hacer lo que quieran (capitalismo salvaje), durante un cierto espacio de tiempo. Cuando sean tan desarrollados como el Norte, podrán permitirse a sí mismos el lujo de ser demócratas, de respetar los derechos del hombre, la libertad de prensa y el medioambiente. Es la postura característica de las élites productivistas del Sur. Se encuentra por ejemplo entre los gobiernos brasileños de la Amazonia, militares y civiles, con un discurso ultranacionalista, anti-imperialista, que fustiga a los Americanos y su antigua reivindicación de internacionalización del Amazonas, al proclamar que éste les pertenece y que tienen derecho de abusar de él.

Existe por tanto una posición totalmente opuesta a la de los Estados Unidos que, sobre un discurso radicalmente anti-imperialista, en realidad conduce exactamente a la misma conclusión: «No hagamos nada.» Esta orientación es muy típica de ciertas élites productivistas: criaturas americanas, que acaban afrontando sus contradicciones respecto a su «desarrollador» los Estados Unidos, reclamando los mismos derechos que estos últimos.⁷

Contrastando con estas dos posiciones extremas que se asemejan en su actitud de espera y de inacción, existen también posiciones ofensivas. La primera es la propia de las víctimas del efecto invernadero. Se trata en primer lugar de las víctimas potenciales del cambio climático, las poblacio-

nes que no podrán adaptarse, especialmente el campesinado de los países del Sur, sobre todo en los países africanos. Les siguen a continuación los países del delta, los que tienen las zonas costeras pobladas: Bangladesh, India, de *retruc* China, después los Estados insulares representados por Vanuatu. Ciertamente Vanuatu es un archipiélago de islas montañosas, pero este país se siente, a pesar de todo, responsable de la misión de proteger los Estados insulares y es el que ha protagonizado el papel de representante de los Estados amenazados por el aumento del nivel del agua en la negociación sobre el clima. Muy hábilmente el presidente del grupo internacional ha nombrado a Vanuatu como cabeza visible de una nueva comisión de negociación. El grupo de las víctimas adoptó el lenguaje siguiente: «Es preciso que todos hagamos algo muy rápidamente, pero es necesario sobre todo que el Norte reaccione ya que nosotros no podemos hacer nada: no somos nosotros los que provocamos el aumento del efecto invernadero. Es el gas carbónico que proviene esencialmente de la combustión del carbón o del petróleo o del gas en el Norte.»

El segundo grupo de países que adoptó una actitud ofensiva está constituido por los países del Norte para los que, de entrada, el aumento de la inseguridad en el Sur es una verdadera amenaza. Es lo que se denomina «efecto Gengis Khan» en teoría de las relaciones internacionales, a partir de la idea de que la invasión de Europa por parte de Gengis Khan fue debida a una crisis ecológica en las estepas de Siberia», afirmación que no es seguramente verdadera por otra parte, pero poco importa). Traspasada a la época actual, la proposición consiste en temer, en caso de agravación de la situación ecológica del Magreb, una invasión de los habitantes de estos países. Es ciertamente la preocupación esencial de los países europeos en el ámbito de la intervención ecológica a favor de los países del Sur, para impedir la deriva climática. Además estos países tienen

⁷ Es por lo que denomino a estas élites los «Saddam Hussein del medio ambiente» en la obra *Berlin, Bagdad, Río (op cit.)*. El discurso que Saddam Hussein mantenía tenía el efecto siguiente: «Tengo el derecho

de invadir Kuwait. Fue de esta manera como Estados Unidos creó su territorio, invadiendo el territorio de los Indios, de los Mejicanos, etc.»

los medios para tomar medidas. En efecto, contrariamente a los Estados Unidos, Europa y Japón que no tenían petróleo, se ajustaron lo mejor posible a las crisis petrolíferas de 1973 y 1979. El resultado ha sido del todo espectacular, al seguir una regla econométrica probada según la cual contra más caro es el precio de la energía, más considerables serán los esfuerzos desarrollados para economizar energía. El alza del precio del petróleo ha sido bien repercutido —e incluso super-repercutido— en Europa, ha provocado esfuerzos enormes en el ahorro de hidrocarburos o energía. No ha ocurrido lo mismo en los Estados Unidos que contaba con reservas fósiles de energía. Como consecuencia de todo ello, un europeo envía cada año a la atmósfera 1'9 toneladas de carbono por habitante, y un norteamericano 5 toneladas.⁸

Si queremos compartir entre todos los humanos y equitativamente el «derecho a contaminar», ¿qué cantidad nos corresponderá a cada uno de nosotros en el año 2.040? Seremos entonces 10 mil millones de humanos. Teniendo en cuenta la capacidad de reciclaje espontáneo del gas carbónico y del gas metano por parte de los suelos y los océanos, será necesario que cada ser humano limite sus emisiones de gas con efecto invernadero a cerca de 500 Kg. de carbono. En Europa esto supone dividir por cuatro, en cuarenta años la producción de gas carbónico o de gas metano. Se trata en ese caso de conseguir un aprovechamiento de la productividad de energía, multiplicado por un mejor aprovechamiento de la productividad del gas necesario para realizar esta producción energética. No es algo imposible para las tecnologías concebibles actualmente, pero un esfuerzo razonable es aún necesario a fin de ser conscientes del tiempo de duración del que precisa este proceso, aunque Europa y Japón dispongan probablemente de técnicas que les permitan llegar a conseguirlo. Se ha calculado⁹ que es del todo posible respetar estas condiciones, sin un aumento de centrales nucleares, aun con un crecimiento demográfico que haya conducido a una población

de 10.000 millones de habitantes, incluso permitiendo que estos 10.000 millones de personas tengan un nivel de vida similar al de Europa en 1975, y utilizando las técnicas conocidas en la actualidad.

Europa está por tanto preparada para actuar contra el efecto invernadero, no porque la amenace directamente (Europa cuenta con los medios para proteger Venecia y Holanda frente al aumento del nivel de las aguas), sino porque el costo será muy elevado para el Sur; puesto que Europa es una isla rodeada de Sur, desde el Magreb hasta Rusia, tiene por tanto un gran interés en evitar que el efecto invernadero provoque enormes daños a estos países, y dispone de las técnicas para evitarlo.

EL ENFRENTAMIENTO ANTES DE RIO

Estos fueron los intereses iniciales. A ellos debería también añadirse la política. La diferencia entre Estados Unidos y los países productivistas del Sur reside en las diferentes características existentes entre gobiernos dictatoriales o democráticos. La batalla ideológica es en este sentido fundamental para los Estados Unidos. La guerra del Golfo ha representado un caso significativo al respecto: hubo un problema de «puesta en escena» de la legitimidad de la intervención. En los Estados Unidos fue en el frente interior donde se jugó la primera partida de la batalla: de entrada se trató de afirmar la legitimidad del modo de vida americano; a continuación de mantener que eran las víctimas las más culpables, es decir los países del Sur.

La estrategia consistirá entonces en subrayar que existe un gas más peligroso que el gas carbónico, el metano, y que este gas viene ante todo del Sur. Manifestar que el metano es más peligroso que el gas carbónico es cierto: cada molécula de metano capta más rayos infrarrojos emitidos por la superficie de la tierra, cuarenta veces más que cada molécula de gas carbónico. Pero el metano es reabsorbido más rápidamente por

⁸ J. Benhaim, A. Caron y F. Levalret, «Analyse économique des propositions et stratégies face du problème du CO₂», *Cahiers du C35*, Université de Paris I,

octubre 1991.

⁹ Cf. en la obra *Energie pour un monde durable*, Goldenberg, Paris, La Documentation française, 1990.

el ecosistema terrestre y el marino: en tres años de media, mientras que hace falta cien (algunos dicen que cincuenta, otros ciento cincuenta) para el CO₂.¹⁰ Dicho de otra manera, cada molécula de gas carbónico enviada a la atmosfera se encuentra en ella para siempre desde el punto de vista de los economistas y de los geoestrategas, mientras que el principio de precaución no es necesario para el metano. Si supieramos eliminar el contenido de gas carbónico podríamos eliminar el gas metano en el momento en que fuera necesario. La segunda gran diferencia entre los dos gases estriba en el hecho de que el CO₂ es esencialmente el resultado de la combustión de los hidrocarburos del Norte, mientras que el gas metano es un gas que se produce poco en el Norte por la putrefacción y fermentación de los desechos, pero mucho en el Sur por la fermentación de los arrozales; es también producido por la digestión de los rumiantes en el Norte, pero aún en mayor medida en el Sur.

La ofensiva contra el metano se inició durante el periodo 1990-1991; es lo que se ha denominado «*comprehensive approach*», es decir el intento de que todos los gases sean controlados a un mismo tiempo. El contraataque de los indús, que encabezan de forma notable toda la batalla a favor del Sur, se fundamenta en los argumentos siguientes¹¹: primeramente, no existe principio de precaución a adoptar respecto al gas metano, se trata de una cuestión admitida por todo el mundo; en segundo lugar esta postura constituye una gran maniobra contra los países del Sur, principales productores de gas metano; en definitiva, si bien es cierto que los productores de gas metano son más numerosos que los productores de gas carbónico, es necesario destacar que este metano es inevitable puesto que de él depende la alimentación básica, mientras que la producción de CO₂ debida a la utilización de vehículos, por ejemplo, no le corresponde el mismo carácter de necesidad. Éticamente, el metano es vital y más justificable que el gas carbó-

nico. Los Estados Unidos responden a estas afirmaciones lanzando una ofensiva contra el gas carbónico proveniente del Sur a través del argumento del «bosque que se quema» (en Amazonia...). Los ecologistas están de acuerdo en luchar contra la deforestación, pero mantienen que afirmar que los incendios de los bosques son la causa de una crisis ecológica global es totalmente escandaloso. Sin embargo puesto que los ecologistas combaten los incendios de los bosques de la Amazonia, el discurso de las ONG ambientalistas del Norte podrá repercutir inconscientemente contra el Sur. Ciertas obras¹² que acusan a los ecologistas de preocuparse más por la naturaleza que por los seres humanos, se han mantenido en este estadio, así pues efectivamente los tres mayores movimientos ambientalistas de los Estados Unidos, Greenpeace International, Friends of the Earth y sobre todo una ONG más británica¹³, World Wildlife Fund, concentran sus objetivos en la deforestación del Sur. El discurso americano se aprovecha de esta situación y convierte a la deforestación en la responsable del recalentamiento, del efecto invernadero, en ser una parte esencial de la emanación de gas carbónico. Las ONG del desarrollo del Sur se indignan y replican que el problema es mucho menos grave, pero el aparato de propaganda de los Estados Unidos es extremadamente fuerte. Solamente bastaría con resumir los debates de la Conferencia de Río sobre el bosque y la batalla estaría ganada. La mayoría de los medios de comunicación han caído en esta trampa. Al aparato americano de ofensiva ideológica se le añade la maniobra diplomática; la negociación ha conocido dos etapas. En primer lugar la del diagnóstico científico, lo que se denomina el IPCC (International Panel on Climate Change), que tuvo su balance geofísico, climatológico, pero también pedológico y agronómico en la Conferencia de Ginebra de octubre de 1990. Octubre de 1990 fue el periodo del avance en la guerra del Golfo. Ya en aquel momento aparecieron

¹⁰ Véase el libro negacionista de Yves Lenoir, *op cit.*

¹¹ A. Agawal y S. Narim, *Global Warming in an Unequal World: A Cause of Environmental Colonialism*, New Delhi, Center for Science and Environment, 1991.

¹² Véase por ejemplo la obra de Luc Ferry, *Le nouvel ordre écologiste*, París, Grasset, 1992.

¹³ Al menos por la parte de su presidente, el príncipe Carlos.

ciertas contradicciones entre los Estados Unidos y Europa sobre esta cuestión, y éstas mismas contradicciones estallan también en la Conferencia de Ginebra. Los europeos proponen muy claramente volver, en el año 2000, al nivel de emisiones de 1990 y proseguir, a partir de entonces, con los esfuerzos necesarios para obtener los 500 Kg. de carbono emitidos por persona, cuando la población mundial alcance la cifra de alrededor 10.000 millones de personas. Los Estados Unidos rechazan esta propuesta de forma tajante: «Nuestro modo de vida no es negociable». Y muy significativamente, la guerra del Golfo comienza, el 17 de enero. El 19 de enero de 1991 el presidente G. Bush pronuncia su discurso sobre la estrategia de la energía de los Estados Unidos, en el que explica que la única solución es desarrollar la utilización de los hidrocarburos. No se trata de volver hacia el pasado...; es absolutamente necesario tener una reserva de hidrocarburos...y está fuera de cuestión, por tanto el acabar con su consumo bajo el pretexto de que provoca el efecto invernadero.

Así pues la situación es perfectamente clara a principios del año 1991: 1/ los Estados Unidos no van a pagar el coste de la inversión del efecto invernadero; 2/ al mismo tiempo, ellos demuestran que cuentan con armas para someter cualquier veleidad que pudiera tener un país del Sur de orquestar una revuelta general del Sur contra las consecuencias del efecto invernadero.

Después la guerra del Golfo se terminó, como ya sabemos, y en el mes de agosto de 1991 la Comisión de las Comunidades Europeas adoptó la posición siguiente¹⁴: «Dentro del vacío estratégico y la ausencia de un liderazgo mundial existente en el momento actual... (es preciso subrayar la ironía...). Europa tiene una ocasión, como nunca, de anticiparse en el ámbito del medioambiente, gracias a una iniciativa en contra del cambio climático». Y sitúa su objetivo en conseguir en el año 2000, volver al nivel de 1990: propone de hecho aplicar en Europa una ecotasa (una especie de tercer crisis petrolífera, bajo forma de impuesto) que se impondría sobre las fuentes de energía.

¹⁴ Informe de la Comisión europea a la CNUED, 1991.

Durante este mismo tiempo los Estados Unidos han continuado rechazando esta opción y han abierto un último frente: la crítica a la sobrepoblación en el Sur. En resumen, si el crecimiento de la población fuera menos elevado, la cantidad de kilos de carbono que cada ser humano tendría el derecho de enviar a la atmósfera sería mayor. De nuevo es el Sur también el responsable, esta vez por su gran número de niños, y en una época en la que la mayoría moral de los Estados Unidos ha hecho suspender prácticamente los programas de ayuda al control de nacimientos en el Sur. Ya no estamos ya en la época de la *Sangre del Condor* y otros programas de la era Kennedy. La confrontación se vuelve cada vez más intensa y es posible esperar que se cree un frente común entre Europa, el grupo Indio/ Vanuatu y todos los países del Sur que están preparados a actuar porque comienzan a temer las consecuencias del efecto invernadero. Están a punto para adoptar medidas en consecuencia, pero a condición de recibir una ayuda que se dirija a su desarrollo, con técnicas limpias de los gases que provocan el efecto invernadero.

La formación de este nuevo frente está siendo cuestionada por la Conferencia de Maastrich que ha decidido que Europa va a llevar, a nivel comunitario, las decisiones relativas a un cierto número de cuestiones nuevas, mientras que la tasa sobre el efecto invernadero será mantenida en el nivel denominado de «intergubernabilidad», bajo la regla de la *unanimidad*. En otros términos, un país de Europa puede no imponer la ecotasa; ello implica, evidentemente, que ningún país podrá aplicarlo, ya que todas las industrias sensibles se deslocalizarían hacia los países sin ecotasas. Ya hay, al menos oficialmente, tres países (España, Portugal y Gran Bretaña) que se oponen a esta medida. Francia es favorable y hace recaer en los otros países la responsabilidad del fracaso. Sobre este hecho, el responsable de la DG XI —ministro de Medio Ambiente de la CEE— acordó una entrevista resonante¹⁵ al día siguiente de la Conferencia de Maastricht, en la que declaraba: «Maastricht es una superchería, el medioambiente ha sido

¹⁵ C. Ripa de Meana, *Libération*, 20 de diciembre de 1992.

completamente sacrificado: no tendremos ecotasa, vamos a llegar a Río con las manos vacías; la gente va reírse de nosotros. Llegaremos con hermosos discursos para el Sur del tipo «¡Estad atentos...!» mientras que nosotros no tomaremos ninguna medida contra la producción de los gases con efecto invernadero.»

Ahora bien en el mismo momento en que Europa se situaba en el papel de pretendiente a la hegemonía, es decir con capacidad de presentar proposiciones que respondieran al interés general, China aparecía en el debate. Este país no forma parte del Grupo de los 77 (puesto que es un país comunista) que se asemeja en efecto al Tercer Mundo según su clásica definición, a saber los países que no son ni socialistas ni capitalistas (aunque haya entre ellos países oficialmente socialistas...). China es además un país mediador entre los dos grupos del Sur: es por una parte, como Malasia una dictadura productivista, por otra una enorme concentración de campesinos pobres o con población habitante de los deltas. China convocó entonces en Beijing una conferencia con el Grupo de los 77 donde iba a propiciar una alianza con India fundada en la posición siguiente: las medidas contra el efecto invernadero son ciertamente necesarias, pero el Sur por el momento no tiene necesidad de tomarlas. Todo debe ser realizado por el Norte. Si el Sur debe tomar medidas es el Norte el que tiene que financiarlas. Es lo que se denomina una posición «sindicalista»: cuando existen intereses divergentes sobre cómo organizarse, resulta obligado adoptar una posición satisfactoria para todo el mundo, y se delega en el que dirige la responsabilidad de equilibrar la diversidad de reivindicaciones.

Esta posición creó desde luego la unanimidad: tanto países como Bangladeh, que tiene muchos motivos para temer el efecto invernadero, (y que manifiesta explícitamente que debe hacerse alguna cosa), como países como Malasia, que no quieren comprometerse, pero que aceptan firmar un convenio de este género a partir del momento en que se emplaza al Norte para que financie. Esta posición «sindicalista» de India y China fue extremadamente eficaz, puesto que bastaba con que los Estados retomasen

las orientaciones de las ONG del Sur, tanto desarrollistas, como ambientalistas y nacionalistas, sobre todo en el caso de las indias. Estas ONG preconizan repartir los 500 Kg. de gas invernadero que el ecosistema puede reciclar por sí mismo, prorrateado por la población del país. Los países que están por debajo de su cuota podrán vender una parte a los países que sobrepasan su parte de cuota que les corresponde. Este trasvase constituiría un aporte financiero para los países del Sur y los incitaría, por otra parte, a economizar su propia cuota, que no tendrán la intención de malgastar. Finalmente todo el Sur (gobiernos y ONG) e incluso la CNUCED se unieron alrededor de posiciones de este tipo. Todas las ONG del Sur forman así una especie de bloque con sus gobiernos. Es extraordinario observar cómo estas mismas ONG que son perseguidas en el Sur por sus propios gobiernos, por ejemplo el Third World Network de Martin Khor en Malasia, llegaron a constituir un bloque, o pudieron aceptar constituirlo, junto a sus propios gobiernos. La postura de las ONG del Norte es totalmente diferente. Comienzan a darse cuenta que el súbito interés del gobierno de Georges Bush por el bosque amazónico es algo sospechoso.

En las conferencias preparatorias a la Conferencia de Río, las ONG del Norte conocieron más estrechamente a las ONG del Sur; los militantes idealistas del Norte descubrieron en esta ocasión la realidad de los problemas a los que se enfrentan las ONG del Sur y la eficacia de sus acciones, con medios a menudo irrisorios *a priori*. Por ejemplo, la defensa del panda —emblema de la WWF— y de los bosques donde éste vive por las mujeres del movimiento «Chipko», que abrazan los árboles para impedir que sean cortados, son más eficaces para proteger el bosque que el envío de soldados verdes de la ONU... La Conferencia «Ya Wananchi» de las ONG del mundo entero, el mes de diciembre de 1991 en París, propició la posibilidad de una gran confraternización. Las ONG norteamericanas quedaron conmovidas y junto a las ONG europeas desarrollistas o ambientalistas y de las ONG del Sur, se estableció la unificación de todas las ONG a partir de la posición del Sur. Así el «frente interior» de la opinión pública se quebró to-

talmente cuando ocurrió la anécdota siguiente, que ridiculiza los argumentos de los opositores a las grandes organizaciones ecológicas del Norte, como Greenpeace Internacional: mientras los Estados Unidos negocian con Méjico un acuerdo de libre cambio, constatan que este acuerdo no les es tan favorable. Buscan entonces un pretexto para conservar como mínimo unas medidas proteccionistas anti-mejicanas. Ponen por delante la ecología, ante la competencia que ejercen las redes de los pescadores de atún mejicanos que matan a los delfines: se decide cerrar la frontera de los Estados Unidos a la importación de atunes mejicanos. Es entonces, a principio del año 1992, cuando Greenpeace celebra una gran conferencia de prensa en Méjico, denunciando este boicot como un escandaloso camuflaje ecologista de una vulgar medida proteccionista... siendo el delfín, una especie que no se encuentra ni en peligro, ni protegida.

Más seriamente aún, la muerte de Chico Mendes fortaleció los vínculos entre los defensores norteamericanos de los bosques amazónicos, y las organizaciones populares brasileñas. Ya no es posible decir: «Río, es el bosque.» Tal como ocurrió en Vietnam, y contrariamente en la guerra del Golfo, la administración de los Estados Unidos ha perdido la batalla ideológica en los frentes interior y exterior.

RÍO, Y DESPUÉS...

Río fue literalmente una batalla en la guerra Norte-Sur del medioambiente. Una batalla significa que no existen más que dos campos, y que hace falta ganarla, cueste lo que cueste, excepto si ello compromete el futuro. Los fines estratégicos de la guerra determinan ciertamente los fines tácticos de la batalla, pero la táctica puede ir a contracorriente de ciertos intereses estratégicos.

El dispositivo existente la víspera de la conferencia de Río no es ni el frente unido contra las élites productivistas del Sur (que deseaba Georges Bush), ni el frente unido de los países partidarios de actuar (que deseaba Europa), sino el frente unido contra aquellos que pretendían hacérselo pagar al Sur, y solamente el Sur: los Estados Unidos. Un

frente armado por China y la India, representando ambos países a cerca de la mitad de los seres humanos, con un sector radical-provocador (Malasia en la posición de «no hacer nada») y un sector moderado (Europa en la posición: «queremos hacer alguna cosa, incluso solos»).

En el mes de mayo de 1992, los Estados Unidos, ayudados por la diplomacia del presidente del grupo internacional para la negociación sobre el clima, que les permite salvar la faz, capitulan en el frente donde su ofensiva ideológica estaba minada desde el interior: el clima. Firman el convenio sobre el clima, bajo unos términos tan alambicados, que ya no se presentan como jurídicamente coaccionadores, y en la que únicamente se establece que los países desarrollados deben volver en el año 2000 al nivel de emisión de gas carbónico de 1990. Doble victoria para el Sur..., pero los Estados Unidos lo han vaciado ampliamente de contenido.

Una ruptura se produce en desagravio en torno al convenio sobre biodiversidad. Los países del Sur han obtenido un proyecto que reconocía la soberanía de los Estados sobre su «biodiversidad». Esta posición no satisfacía mucho a las ONG, que habrían preferido ver reconocida la soberanía de los pueblos indígenas («que han mantenido la biodiversidad a pesar de correr peligro sus vidas», según el epitafio homérico utilizado en el *Foro Global*, la asamblea de las ONG en Río). Pero bastó con que Estados Unidos rechazase firmarla para que la batalla se comprometiese en Río contra los Estados Unidos y a favor del convenio de la biodiversidad.

Los más fieles aliados de los Estados Unidos (Canadá, Gran Bretaña) los abandonaron y firmaron el Convenio de la biodiversidad durante los primeros días de la conferencia. Las ONG del Norte formaron un frente común con las ONG del Sur, que, a su vez, lo formaron con sus Estados, situados a menudo frente a ellas....Malasia. El debate degeneró. Toda manifestación anti-natalista se convirtió en una provocación contra el Sur cuando surgía del Norte, incluso en el caso de las ONG feministas...que consiguieron finalmente unirse (Norte-Sur) al reafirmar los derechos de las

mujeres a su propio cuerpo. A final de cuentas los Estados Unidos estaban totalmente aislados e intentaron una última y lamentable ofensiva, al ofrecer unilateralmente 150 millones de dólares para defender los bosques del mundo.¹⁶ Incluso los Estados africanos rechazaron con altivez esta limosna. Georges Bush intentó esconder este «Vietnam diplomático»¹⁷ con un discurso a lo Mac Mahon, que justificaba el hecho de presentar excusas y alegaba el aislamiento en el que debe saber encontrarse un líder... En cuanto a Europa brillará por su ausencia: tal como había presentado el responsable de la DG XI, después de Maastricht no tenía nada para proponer. A un año de distancia, es bastante difícil evaluar los progresos conseguidos después de la Conferencia de Río. En primer lugar porque la gran mayoría de nuestra prensa, que no se había casi moviliizado en la preparación de este acontecimiento, y que había dictaminado, de una vez por todas y por anticipado, que una montaña como Río no sabría concebir más que un ratón, y que nadie se habría comprometido en nada, se había excusado a partir de entonces de hacer el seguimiento de estos compromisos inexistentes.

Ahora bien hubo compromisos: concretamente dos convenios internacionales y una Agenda para el siglo XXI. Estas y éstos, que incluso desde las filas de los ecologistas, han convertido en irrisoria la debilidad de estos compromisos, no son evidentemente los más indicados para indignarse porque no hayan sido como mínimo mantenidos. Sin embargo la situación es todavía más compleja: ciertos compromisos que no habían podido ser adoptados en Río están a las puertas de verse desbloqueados entre bastidores, porque, por descuido, algunas cerraduras están a punto de saltar aquí y allá. Respecto a la Agenda 21 no hay propiamente nada más que añadir, ni balance que realizar. El nuevo manual del desarrollo sostenible está a punto de modificar profundamente las normas de atribución de los créditos al desarrollo. ¿Temíamos que se fijaran nuevas condiciones sobre las ayudas? Debemos ase-

gurarnos: no queda casi más ayuda para repartir, porque el Norte del mundo está en crisis, porque el Sur se ha extendido hacia el Este... ¡entonces hay tanto a repartir como lo poco que queda! Los que habían afirmado que el Norte no financiaría nada más, no se han apercebido que la Comunidad Europea, que en Río había hecho algunas promesas, se ha apresurado después a borrarlas de su presupuesto a fin de demostrar a las opinión pública que Maastricht no iba a costar caro.

En lo que concierne a los convenios, la situación más bien ha tendido a desbloquearse. Primero, porque las promesas avanzadas antes de Río (la deriva del efecto invernadero, la erosión de la diversidad biológica) continúan después de Río, y cada vez es más imposible rechazar tenerlas en cuenta. A continuación porque el liberalismo de los años 80 recula, con la notable victoria de Clinton sobre Bush. Los Estados Unidos no pueden ejercer una política comercial arrogante y se han visto por tanto obligados a revestir de justificaciones económicas y sociales la adopción de un cierto grado de proteccionismo. Ya las negociaciones sobre el Acuerdo de Libre comercio norteamericano tropiezan con estas cuestiones, a pesar de la impaciencia del presidente Salinas, ansioso de malvender la fuerza de trabajo y el medioambiente mejicanos a las fábricas norteamericanas, y si es posible incluyendo también el GATT.

Así pues el presidente Clinton y su vicepresidente acaban de decidir firmar el Convenio «Biodiversidad», el que Georges Bush había rechazado firmar en Río. Los laboratorios del Norte no podrán patentar la materia viva» y deberán pagar derechos por el robo de los yacimientos genéticos del Sur... ¡si llegan a hacerse precisos los términos de este convenio! Más concreto es el giro que se cierne sobre el efecto invernadero, aunque sea de forma tortuosa. En Río los países industrializados habían convenido de manera alambicada, que deberían regresar en el año 2000 a los niveles de emisión del gas carbónico de 1990. Pero no han di-

por túnel en vez de viaducto.

¹⁷ Tal como dijera el diputado verde Yves Cochet.

¹⁶ 150 millones de dólares representan casi el equivalente del suplemento de precio pedido por los ecologistas por el paso de la autopista A-86 por el río Marne

cho cómo debía hacerse. La Comisión de Bruselas había propuesto una ecotasa no solamente sobre el petróleo, sino sobre todas las formas de energía (para evitar su sustitución por la nuclear).

Esta tasa debería ella misma substituirse por otros impuestos. Los Estados Unidos habían rechazado la tasa, Europa se había aprovechado de este rechazo para no ponerla en práctica; pero hoy en día Bill Clinton, que tiene necesidad de implantar nuevos impuestos, y a ser posible ecológicamente justificables», aumenta la tasa sobre los carburantes (el Congreso se apresura por otra parte a hacer repercutir este impuesto sobre las clases medias»). Europa ya no tiene más excusas. Pero España y Gran Bretaña la refusan. Francia acepta a condición de que el la tasa no recaiga sobre la energía nuclear. Por esta razón el Primer ministro, Edouard Balladur, aumenta la tasa sobre los productos petrolíferos, pero omite presentarla como un impuesto ecológico.

PARA NO CONCLUIR

Así pues las cosas avanzan lateralmente, como el caminar del cangrejo. Sumado todo ello es preferible no obstante al inmovilismo; ¿pero la crisis ecológica esperará? Los debates preparatorios y el desarrollo mismo de la Conferencia de Río muestran la amplitud de las dificultades. Por un lado, los

sectores hostiles en tener en cuenta seriamente los peligros globales son ampliamente dominantes y utilizan todos los argumentos para «no hacer nada». Sus portavoces no dudaron en utilizar los debates sobre las cuestiones científicas más anodinas para retrasar las decisiones para más tarde — ¿para demasiado tarde? Estas fuerzas se encuentran tanto en el Norte como en el Sur: los Estados del Sur, especialmente los que representan muy a menudo intereses productivistas, no son los últimos en rechazar cada medida de precaución denunciada como una injerencia intolerable de su soberanía; un sector creciente de las élites del Norte se muestra ciertamente sensible a «hacer alguna cosa», pero sin duda no actuará sino es por la coacción de una fuerte presión.

Ahora bien por definición esta fuerte presión no puede venir de las futuras víctimas, sino de las o los que sean capaces de anticipar las crisis futuras: los científicos, los militantes, o incluso la población que las sufre ya: australianos, víctimas de los efectos del encogimiento de la capa de ozono, o los pueblos indígenas que están enfrentados al marchitamiento de la biodiversidad. Aún hace falta que tomen conciencia de sus intereses comunes, así como de los márgenes de maniobra, no desdeñables, de los que disponen. Clarificar estas apuestas y estas posibilidades puede representar la gran responsabilidad que incumbe a los investigadores de las ciencias humanas.